

Yeguas de la noche

Una biblioteca personal

Lamento que el título de esta breve nota no sea invención mía, sino de Ramón J. Sender, a quien aún admiro, a pesar del olvido en que su obra ha caído de unos años a esta parte. Hace mucho tiempo leí uno de sus artículos en la prensa (no me pregunten la referencia: era un diario y, ya digo, ha pasado mucho tiempo); un artículo en el que defendía, como más poético, el término inglés que traduce nuestro más bien garbancero “pesadilla”. En el contexto anglosajón, una pesadilla es una *nightmare*, es decir, invirtiendo las palabras que forman el término compuesto, algo así como una “yegua de la noche”.

No puedo justificar racionalmente mi afición a la literatura de género y, de manera especial, a la literatura de terror. Supongo que procede de la lectura temprana de las viejas antologías *Acervo* (las cito con frecuencia, porque estaban en casa y en ellas aprendí las reglas, no sólo del relato de terror, sino del relato de ficción científica, del cuento del oeste o las novelas policíacas o de espionaje. Aún conservo algún volumen suelto, y echo de menos los que me faltan).

Con mucho tiempo y algo de inercia, creo haber conseguido una notable cuadra de estas yeguas de la noche. De muchas de ellas no recuerdo en qué momento las adquirí; de algunas sé que fueron mis favoritas y dejaron de serlo; y aun a otras las he preferido siempre y lo sigo haciendo.

No sé si debiera indicar el método que he seguido para hacer esta selección: no hay, por ejemplo, rigor histórico, ni figuran autores españoles. Creo que no he utilizado método alguno; tan sólo he elegido algunas yeguas con las que lo pasé bien y que me motivaron a seguir formando esta cuadra literaria. Tengo la esperanza, imagino que vana, de que estas yeguas motiven también a otros a formar su propia cuadra.

En cualquier caso, mi memoria no consigue poner orden en sus yeguas. ¿Cuál llegó durante la niñez, cuál en la adolescencia, cuál en los últimos meses? No estoy seguro. Por ello he ordenado, siguiendo la sabia instrucción de Juan José Millás, esta selección

según el orden alfabético, que es razonablemente lógico. Por otra parte, he intentado añadir las suficientes referencias para evitar pérdidas o confusiones.

Ignoro si esta personal selección de mi cuadra de yeguas de la noche incluye a todas las que son; pero creo que son todas las que están. De todas hay edición en español, y deseo que las disfruten como he aprendido a disfrutarlas yo.

Aparición de la Señora Veal, La (Daniel Defoe): He elegido este breve relato de Daniel Defoe, en primer lugar, porque, contra la costumbre del autor, es breve; y, en segundo, porque viene a resultar algo así como una *ghost story ante litteram*. En él aparece ya, siquiera en filigrana, uno de los temas del género: el difunto que regresa del más allá para corregir una equivocación cometida en vida. (Existe versión en la *Antología de cuentos de terror* de Rafael Llopis, publicada por Alianza)

Araña, La (H.H. Ewers): En mi opinión, este relato de Ewers es uno de los escasos buenos ejemplos de terror psicológico. Quizá, con *El papel amarillo*, una obra maestra. Y, sin embargo, la obsesión que se apodera del protagonista no nos consuela. Siempre quedará la duda de lo que sucedió con las restantes víctimas, de la realidad de la ágil tejedora de la ventana de enfrente. Una de mis lealtades inquebrantables. (Se puede leer en la antología *El horror según Lovecraft*, de Siruela)

Banshee emigrante, La (Gertrude Henderson): Nos encontramos ante un relato humorístico, pero de un humor melancólico que narra la imposibilidad de los fantasmas y otros espíritus en el materialista siglo que nos ha tocado vivir. Las humillantes aventuras de la patética banshee constituyen, en cierto modo, el punto final de una época. Ahora, los espectros deben acostumbrarse a vivir en algunas limitadas reservas:

Irlanda, Galicia, Haití... Y poco más. (Forma parte de la antología de Plaza & Janés *Historias de lo oculto*)

Calavera que gritaba, La (Francis Marion Crawford): No se recuerda a Francis Marion Crawford, y, sin embargo, sus relatos fueron en otro tiempo extremadamente populares, y su nombre de los tenidos por imprescindibles para el género de terror. Creo que es un olvido inmerecido. *Pues la sangre es la vida*, por ejemplo, es uno de los cuentos mejor ambientados que conozco. Y éste que selecciono, *La calavera que gritaba*, a pesar de que quizá resulte un poco incómodo, desde el punto de vista estilístico, transmite con inusual eficacia al lector la angustia del protagonista. (En la *Antología de cuentos de misterio y terror* de López-Ibor, publicada por Labor)

Cardenal Napellus, El (Gustav Meyrink): Los vegetales juegan un relevante papel en el género de la literatura de terror. Una buena muestra de ello es este relato —contra el habitual estilo del autor, contenido, simple, explícito— de Gustav Meyrink. Si alguien me reprocha que lo prefiera a *El Golem*, debo confesar que me parece ésta una novela confusa, resultado de una errónea mezcla de expresionismo y simbolismo, y que debe su fama a las versiones cinematográficas, más que a sus equívocos méritos propios. (Con el título de este cuento Siruela publicó una antología de Meyrink)

Casa del juez, La (Bram Stoker): Ignoro si alguien me reprochará haber relegado *Drácula* o *La guarida del gusano blanco* en beneficio de un relato menor. Pero han de concederme que, para ser un relato menor, contiene todos los ingredientes para provocar el miedo: una casa maldita, un espíritu cruel, un protagonista delicado, y esas ratas enseñoreándose de la noche. *La casa del juez* es, lo confieso, una de mis pocas lealtades recurrentes. (También en la *Antología* de Llopis)

Casa tomada (Julio Cortázar): Lo que me inquieta de los relatos de Julio Cortázar es que nunca sucede nada, o, por decirlo con mayor exactitud, lo que sucede, sucede siempre en segundo plano, de manera que el lector nunca tiene las claves. No así los protagonistas, quienes, como en este breve, simple y bello relato, aceptan lo desconocido con una naturalidad que sorprende y asusta. (Según la edición de los *Cuentos* de Cortázar publicada por Alianza)

Caso de Charles Dexter Ward, El (H. P. Lovecraft): A Lovecraft se le lee durante la adolescencia. El primero de sus relatos que me impresionó, hace de esto muchos años, fue *La sombra sobre Innsmouth*.

Ahora prefiero a Charles Dexter Ward, del que me gusta el aire de investigación crudita, casi trabajo de archivero, así como la fragmentariedad. Me parece una técnica realmente difícil para provocar horror el uso de retazos, y Lovecraft emplea aquí este recurso con verdadera maestría. (Alianza ha publicado esta novela corta como volumen independiente)

¿Conocéis a Dave Wenzel? (Fritz Leiber): No es Fritz Leiber autor bien valorado, a pesar de haber escrito *Nuestra Señora de las Tinieblas*. Probablemente juegan contra él sus sagas de fantasía épica. El relato que he seleccionado me parece, no obstante, una obra maestra del tema del desdoblamiento de la personalidad, casi a la altura del *Wieland*, e incluso mucho más ambiguo e inquietante que éste. Encuentro a este Dave Wenzel en varias antologías, lo que me hace sospechar que no ando del todo descaminado al enjuiciarlo. (Nuevamente en *Historias de lo oculto*)

Duque de Portland, El (Villiers de L'Isle Adam): No es *El Duque de Portland* en absoluto un cuento de terror, aunque quizá en la época en que fue escrito la enfermedad que constituye su tema provocara miedo. Creo necesario, sin embargo, incluirlo en esta selección, siquiera sea por la magistral ambientación y por la sabia graduación del misterio, que Villiers maneja hábilmente en breves páginas. (Publicado en el segundo volumen de las *Narraciones terroríficas* de la editorial Acervo)

Episodio en la historia de la catedral, Un (M. R. James): A decir verdad, no puedo afirmar que este siniestro episodio sea el relato que prefiero de M.R. James. No puedo decir que sea mejor que, por ejemplo, *El Conde Magnus* o *El maleficio de los runas*, simplemente porque no sé discriminar los buenos y los malos relatos del, a mi juicio, mejor creador de espíritus malignos que ha dado la literatura en lengua inglesa. Creo haber leído en algún lugar que los fantasmas de M. R. James son criaturas dolidas con la vida que expresan su desesperanza en forma de maldad. Son, además, siempre restos del pasado —no en vano el autor fue además notable erudito—. Ciertamente, el relato que aquí propongo es malvado, pero a los amantes del género les sugiero que lean toda la



obra de M. R. James: no recuerdo en ella fisuras. (Los cuentos de M.R. James han sido publicados por Valdemar con el título *Corazones perdidos*)

***Estirpe de la cripta* (Clark Ashton Smith):** Es Clark Ashton Smith otro notable miembro del club Lovecraft. Desdichadamente, no tuvo tiempo de dejar un extenso legado, pero esta *Estirpe de la cripta* tiene un aire lovecraftiano y, al tiempo, una justa dosis de ambiente macabro, que la convierten en una de las mejores historias de Smith y, desde luego, en uno de los cuentos de terror con los que más disfruto. (Forma parte de la antología *Los mitos de Cthulhu*, editada por Rafael Llopis y publicada por Alianza)

***Extraño suceso en la vida de Schalken el pintor, Un* (Joseph Sheridan Le Fanu):** Nadie niega a Le Fanu la maestría en el relato de terror. Desde que leí, siendo un niño, este Schalken en una desafortunada antología, siento fascinación por el desdichado pintor, por la ambientación de la historia, por el cruel pacto diabólico... En mis relaciones con la literatura no he conservado muchas lealtades, con el paso de los años; sin embargo Schalken es, decididamente, una de ellas. (También en Llopis)

***Familia del vurdalak, La* (Alexei Tolstoi):** Leí este cuento del Tolstoi menos conocido cuando era niño, y le he sido fiel. También le he sido fiel a la versión cinematográfica de Mario Bava. Imagino que tarde o temprano los vampiros aristocráticos terminan por producir cansancio, y esta lectura campesina y tradicional del tema de los bebedores de sangre refresca un tanto. La pericia del autor para jugar con la tensión de los personajes encerrados en la casa es, desde luego, un importante punto a favor. (Existe versión en la antología de Jacobo Siruela *Vampiros*, publicada por Siruela)

***Favoritos de Midas, Los* (Jack London):** En sentido estricto, *Los favoritos de Midas* no es un relato de terror. Sin embargo, desde que leí hace años la traducción de Borges, con el sugerente título de *Las muertes concéntricas*, me inquieta profundamente la diabólica antiburocracia ideada por Jack London; esa antiburocracia que, como nuestras cotidianas burocracias, nos convierte a todos en potenciales víctimas, sin razón que lo justifique. (En el volumen recopilatorio de cuentos de London *Fragmentos del futuro*, en Anaya, puede encontrarse una traducción)

***Gran dios Pan, El* (Arthur Machen):** Arthur Machen es uno de los más reconocidos precedentes de Lovecraft y, por extensión, de la literatura de terror del siglo XX, aquella que ya no cree en los tra-



dicionales fantasmas familiares. *El Gran dios Pan* es otro relato que produce horror a partir de fragmentos, articulados en torno a una figura maligna que, siendo protagonista, no se muestra en ningún momento. Creo que es una cima de la literatura fragmentaria que tanto admiro. (Nuevamente Llopis)

***Guadaña, La* (Ray Bradbury):** No es Ray Bradbury autor de historias de terror, sino, más bien, de historias inquietantes. Considero las más desoladoras de ellas sus *Crónicas marcianas*. Sin embargo, algún cuento breve y, como es frecuente en el autor, poético, consigue provocar cierta desazón. *El viento* es uno de los que prefiero. También este que comento: la malvada humorada que el destino juega a su protagonista, condenándole a ser involuntario y sanguinario dios. (Y nuevamente *Historias de lo oculto*)

***Habitación de la torre, La* (Edward Frederick Benson):** Benson es otro autor, como Shiel o Ewers, injustamente olvidado, y el que comento uno de mis relatos favoritos. La confusión de sueño y realidad y los sueños premonitorios han dado mucho de sí en la literatura fantástica. También la psicología los ha explicado científicamente. Benson se acerca al tema con acierto en, por ejemplo, *La otra cama*; pero es en esta *Habitación de la torre* donde, combinándolo hábilmente con la maldición histórica, roza el autor la maestría. (En la citada *Vampiros*, de Siruela)

***Hija de Rappaccini, La* (Nathaniel Hawthorne):** El tema de la condición maligna del vegetal ha gozado de cierta reputación en la literatura de terror. En mi opinión, en este relato de Hawthorne, el padre alcanza uno de sus mejores momentos, quizá porque renuncia a la mística e inscribe la historia en el contexto de otro tema recurrente, el de la investigación científica no controlada. Por otra parte, aunque Hawthorne fue un autor escasamente inclinado a las aristas, el romanticismo de su Rappaccini constituye,



a mi juicio, un eventual acierto. (En la antología de López-Ibor)

Hombre de arena, El (E. T. A. Hoffmann): Del autor de algunos de los mejores relatos de terror del período romántico, creo que *El hombre de arena* es su cima literaria. *Los elixires del diablo* me parece un tanto confuso en la combinación de planos de discurso. Freud escribió un célebre ensayo acerca de lo siniestro. Es un buen ensayo de Freud, pero yo prefiero el trazado de los personajes de Olimpia o Coppélius. Además, el tema del autómatas ha dado mucho juego a la literatura de terror, aunque, a mi juicio, nunca tanto como en *El hombre de arena*. Y esto sin tomar en consideración la recurrencia de las pesadillas infantiles. Un relato complejo y susceptible de múltiples lecturas. (Puede encontrarse edición de los cuentos de Hoffmann en Alianza y en Valdemar)

Juicio por asesinato, El (Charles Dickens): La literatura de terror del siglo XIX está dominada en gran medida por las *ghost stories* británicas. Sería por tanto injusto no mencionar a uno de los autores que con mejor acuerdo las cultivó y uno de sus más conseguidos relatos. Dudé entre este juicio y *El Guardavías*. Decidí utilizar el juicio porque resulta mucho más cómodo; personalmente, prefiero *El Guardavías* por su complejidad ambiental. (En el López-Ibor de nuevo)

Mano del cadáver, La (Guy de Maupassant): No me gusta Guy de Maupassant: en lo literario, demasiado francés; en lo personal, demasiado enfermizo. *La mano del cadáver*, sin embargo, es uno de sus relatos psicológicamente más contenidos, genera miedo y, lo que me sorprende del autor, elude su afición al exceso de morbosidad y se esfuerza por no adentrarse en el terreno de lo sobrenatural, en el que no se defiende con habilidad. Me parece justo, pues, incluirlo en esta selección. (También en López-Ibor)

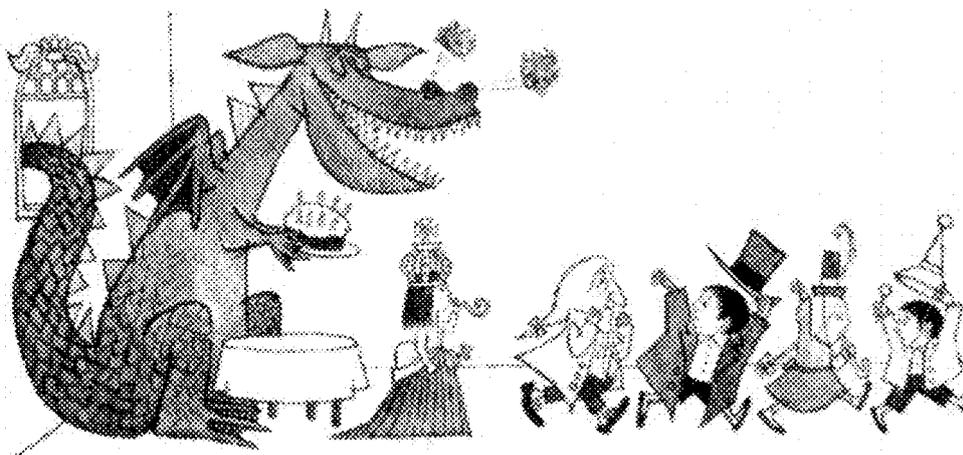
Mansión de los ruidos, La (M. P. Shiel): No me parece sencillo provocar miedo a partir de algo tan abstracto como el sonido. Edgar Allan Poe lo consiguió en *El corazón delator*; sin embargo, para ello hubo de recurrir a la enfermiza psicología del protagonista. Shiel consigue el efecto de terror en términos objetivos: una rítmica, repetitiva, maldición histórica, que marca el destino de los enloquecidos habitantes de la mansión. (En la citada *El horror según Lovecraft*)

Misterios del gusano, Los (Stephen King): Les prometo que la inclusión de un relato de Stephen King en esta selección no es una *boutade*. Quiero tan sólo poner un ejemplo de cómo un autor de talento puede estropearse por motivos comerciales. Estos *Misterios del gusano* son un ejercicio lovecraftiano de principiante, pero prefiguran, a mi juicio, a un gran autor de obras de terror, que se estropeó después de su tercera novela de éxito. (En la antología de cuentos del autor publicada por Plaza & Janés *El umbral de la noche*)

Montaña de los gigantes, La (Ford Madox Ford): Ford Madox Ford es un autor extraño, y *La montaña de los gigantes* no es estrictamente un relato de terror. En cierto sentido, me recuerda aquellos divertidos ensayos de John Austin acerca de la posibilidad lógica de que los gatos hablen, o los lápices conspiran contra los seres humanos. Pero Ford no pretende plantear posibilidades lógicas, sino tan sólo sugerir la existencia en la naturaleza de fuerzas que nosotros desconocemos: una cierta inteligencia natural que deja en posición algo desairada la inteligencia humana. (De nuevo en López-Ibor)

Muerta enamorada, La (Théophile Gautier): Es el relato de Gautier una curiosa mezcla de vampirismo y *amour fou*, y no resulta demasiado francés, lo que siempre se agradece. La perdición del hombre por culpa de su diabólica amante mueve a compasión; pero también su diabólica amante, ennoblecida por este amor, resulta simpática. En cierto sentido, me recuerda *El diablo enamorado*, de Jacques Cazotte, sólo que el diablo de Cazotte es mucho más antipático. (Seleccionado por Italo Calvino para sus *Cuentos fantásticos del XIX*, publicados por Siruela)

Narración de los Montes Hartz, Una (Frederick Marryat): En otra reseña explico el malestar que me produce no encontrar con la frecuencia que desearía un buen tratamiento del tema de la licantropía. Quizá por ello lo he mimado en esta selección. Aunque no es extraño que se publique de manera independiente, *Los Montes Hartz* no es un cuento, sino un fragmento de novela. Se narran en él las desgracias de una



familia, que culminan con la aparición de un maligno donante de hombres-lobo. Con alguna otra que incluyo aquí, es una de las historias que con mayor eficacia usan el, como dije, maltratado tema. (Hay varias versiones, una de ellas publicada por Miragüano en la antología *Cuentos tenebrosos*)

Ojos de la pantera, Los (Ambrose Bierce): Si tuviera que recomendar un libro del cascarrabias Ambrose Bierce sería, claro está, *El diccionario del diablo*. Pero no es un relato, y resulta quizá demasiado complejo, conceptualmente. Me decido por una de sus historias breves (podría haberme decidido por cualquier otra), en la que, sin abandonar su afición a lo macabro, provoca un terror contenido y breve, y no se escapa, en la medida de lo posible, de los límites de lo natural. Imagino, además, una protagonista extrañamente bella. (Se puede leer en la antología de cuentos del autor publicada por Siruela *Un vigilante junto al muerto*)

Olalla (Robert Louis Stevenson): El tema de la licantropía o, en general, de las mezclas contra natura de especies, no ha sido bien tratado por la literatura. Este brevísimo cuento de Stevenson es una hermosa excepción, en la que con acierto contenido se sugiere la terrible historia de la familia, combinada con un algo de amor y con la extraña belleza que, ya digo, tienen las desdichadas protagonistas de historias desdichadas. Al lector español le resultará por cierto pintoresca la ambientación. (Incluido en la edición de cuentos de Stevenson publicada por Alianza *El diablo de la botella*)

Parásito, El (Arthur Conan Doyle): Aunque no utilizó su habilidad con frecuencia, soy de la opinión de que Sir Arthur Conan Doyle fue autor bien dotado para provocar miedo. Este terrible parásito humano que se apodera de su víctima sin permitir a ésta que pierda la conciencia, disfrutando de su impotencia, es un ejemplo magnífico de la habilidad de Conan Doyle. Es relativamente sencillo conseguir

efectos de terror en un ambiente como el de los baldíos de la familia Baskerville; lograrlos en los apacibles salones londinenses resulta mucho más difícil, y en este relato el autor supera la dificultad con tanta astucia como la de su parásito. (En la antología de relatos del autor publicada por Siruela, *Historias espeluznantes*)

Pata del mono, La (W. W. Jacobs): No conozco muchos relatos que, haciendo uso tan escaso del *gore*, logren un clima de angustia e inquietud como el que consigue Jacobs. El horror escondido en la pata del mono sólo se adivina en los tortuosos acontecimientos de los que es víctima el matrimonio protagonista, y en su desesperanza última. Una desoladora advertencia contra los juegos de azar. (De nuevo en López-Ibor)

Pollock y el hechicero (H. G. Wells): El tema de las culturas no occidentales –debería decir mejor del desconocimiento, por parte de los occidentales, de aquellas culturas– es relativamente reciente, y viene a coincidir con la pérdida del concepto de eurocentrismo. El desdichado Pollock no es víctima del hechicero, sino de su eurocentrista visión de las cosas. H. G. Wells no se defendía bien con el género de terror, aunque en ocasiones contadas, y ésta es una, logró efectos perturbadores. (Y una vez más en López-Ibor)

¿Qué era aquello? (Fitz-James O'Brien): Se suele mencionar la similitud entre este relato y *El Horla*. Personalmente, prefiero el de Fitz-James O'Brien, imagino que por su habilidad para exponer los hechos en términos objetivos, eludiendo apelaciones a una psicología enferma. Además, agradezco el atisbo de compasión para aquello que no llegamos a ver. (Juro que no es intencionado, pero está en la antología de López-Ibor)

Ratas del cementerio, Las (Henry Kuttner): ¿Han advertido alguna vez la cantidad de relatos de

terror protagonizados por ratas? Debo reconocer que, culturalmente, son animales muy socorridos, pero no siempre dan lugar a buenas historias. La de Henry Kuttner es francamente macabra y el autor, con pericia artesanal, utiliza los recursos más desagradables del género para provocar angustia. (En *Los mitos de Cthulhu* recopilados por Llopis)

Sello de R'lyeh, El (August Derleth): August Derleth fue alumno aventajado de Lovecraft, pero supo prescindir de las fungosidades leprosas de éste y conferir a sus relatos un aire poético con personalidad propia. Aunque no toda su obra es de escuela lovecraftiana, *El Sello de R'lyeh* tiene dos virtudes: por una parte, explica con claridad la confusa mitología de Cthulhu; por otra parte, resume esa poesía, en cierto modo malvada, que toma partido por el bando más oscuro. (También en *Los mitos de Cthulhu*)

Sir Edmund Orme (Henry James): Los relatos de fantasmas de Henry James siempre tienen como protagonistas a elegantes y melancólicas almas en pena, quizá recién llegadas de un viaje por el continente, quizá a punto de partir de viaje. Su magistral excepción es *Otra vuelta de tuerca*. Sin embargo, he preferido al *gentleman Sir Edmund Orme*, como buen ejemplo de espíritu de elevada condición social, tan habitual en James. (En el tantas veces mencionado López-Ibor)

Tchériapin (Sax Rohmer): Si dejamos a un lado los primeros folletines de Fu-Manchú, no conozco ninguna obra realmente meritoria de Sax Rohmer. He incluido *Tchériapin* en esta selección a título de humorada acerca de las consecuencias más grotescas de la investigación científica. Además, me recuerda algunos deliciosos filmes de terror de los años treinta. (En López-Ibor)

Valle del Muerto, El (Charles Nodier): Conocí antes a Charles Nodier como erudito y bibliógrafo que como autor de relatos de terror. Debo confesar que me divierte más su segunda faceta. He elegido este cuento porque se aleja de la tradición decadentista francesa y anda más cerca de la leyenda popular. En él, además, todo está más sugerido que explicado: el regreso al lugar del crimen, la venganza del tiempo, la creciente tensión del presunto criminal... No estoy seguro de que *El Valle del Muerto* sea un relato de terror, pero provoca una inquietud acertada a partir de elementos muy sencillos. (Se puede encontrar versión en la *Antología de cuentos de la literatura universal*, editada por Menéndez-Pidal y publicada por Labor)

Venus de Ille, La (Prosper Mérimée): Se puede leer este relato de Mérimée de varias maneras, y en cualquiera de ellas inquieta: maldición de la historia, pactos contra natura, objetos inanimados dotados de inesperada animación. Fuere como fuere, creo que *La Venus de Ille* es uno de los relatos de terror más complejos y mejor conseguidos del siglo XIX. (En los *Cuentos fantásticos del XIX*, recopilados por Calvino)

Verdad sobre el caso del Señor Valdemar, La (Edgar Allan Poe): Debo reconocer que siempre he sospechado que Edgar Allan Poe no escribió relatos sobre muertos que vuelven a la vida, sino sobre vivos destituídos, que aguardan un nuevo destino o, por el contrario, la confirmación en el cargo. *Berenice* despertó en mí esta sospecha, y el *Señor Valdemar* la confirma con mayor fuerza. De todos los relatos de Poe acerca de la destitución, éste es mi favorito, quizá porque el autor expone tema tan personal de manera más explícita y objetiva, renunciando al decadentismo de *La casa Usher*, incluso de la misma *Berenice*. (En la edición de los *Cuentos* de Poe publicada por Alianza)

Vuelta de Imray, La (Rudyard Kipling): No estuvo Rudyard Kipling bien dotado para el relato de terror, quizá porque no se avenía con su colonial visión del mundo. Prefiero sus relatos estrictamente coloniales, sean o no fantásticos (¿recuerdan el nombre de aquella mangosta que acabó con las cobras del jardín?; no consigo acordarme y no la encuentro entre mis referencias). Sin embargo, en ocasiones, como en este regreso de Imray o en *La ciudad de los muertos*, consigue un clima realmente perturbador, sin sobrepasar los límites de lo natural. (¿Sorprenderé a alguien si digo que está en López-Ibor?)

Wendigo, El (Algernon Blackwood): Lovecraft tenía a Algernon Blackwood por uno de sus más notables precedentes y, en realidad, si hubiera que citar a un par de renovadores del género, el autor de este relato y Arthur Machen serían, imagino, mis favoritos. En *El Wendigo*, como sucedería más tarde en los relatos de Lovecraft, el terror ya no procede de lo sobrenatural, sino más bien de lo "natural extraracional" (reconozco que el término es espantoso, pero no se me ocurre otro para definir el declive del sujeto contemporáneo). *El Wendigo* inaugura el terror, no del más allá, sino del más acá que se nos escapa. (Varias versiones. En la antología de Cthulhu de Llopis se puede encontrar una de ellas). ☑

Alejandro Delgado Gómez. Servicio de Archivos, Bibliotecas y Documentación del Ayuntamiento de Cartagena